

10

Principios para que nuestra labor educativa sea de 10

1.- Reconocer los esfuerzos de nuestros hijos tanto como los aciertos. Lo importante es destacar el empeño y la voluntad con que se desarrolla la labor. Es altamente positivo estimular a los hijos para que participen activamente "con derecho a equivocarse". Esto se consigue usando más el "sí" y menos el "no". El "no" es traumatizante, el "sí", estimulante. Esta actitud tiende a crear una postura positiva de los hijos en sus acciones.

2.- Captar la confianza de los hijos, creando un ambiente de comprensión, estímulo y alegría. Esa confianza debe basarse en el interés de los padres por todos los aspectos relacionados con la vida de los hijos. Esta es la piedra de toque para el éxito de la educación. El miedo o la distancia no es la mejor forma de motivar; lo único que consigue es ahuyentar la alegría, la familiaridad y la colaboración.

3.- Fomentar el dialogo con los hijos. Nada sensibiliza más a los hijos que una conversación fuera del contenido formal de los quehaceres, responsabilidades y obligaciones escolares y familiares.

4.- Enseñar a los hijos a enfrentarse y resolver sus problemas. Los padres no debe resolver los problemas de los hijos, pero sí animarlos a buscar soluciones. En esa búsqueda, los hijos mismos irán haciendo sus opciones y marcando un



rumbo a su propia vida. Los padres pueden ir marcando a los hijos tareas y obligaciones que estén a su alcance para que los logros conseguidos reafirmen su autoestima. El éxito es importante en la educación, así como la sensación de fracaso influye negativamente en la labor futura.

5.- Ayudar a los hijos en los momentos más difíciles. Muchas ansiedades y fracasos podrían evitarse si se asistiese a los hijos en los momentos de fuertes preocupaciones y dificultades, ante las cuales no tienen aún un equilibrio emocional y una tranquilidad de razonamiento que les permitan afrontarlas. Los padres tiene que adoptar la actitud de estar siempre al lado de los hijos con dificultades para ayudarlos a recuperarse.

6.- Ayudar al alumno a vivir integrado en la comunidad. Día a día la vida y la sociedad se tornan más comunitarias, por lo que la felicidad de cada uno y su realización personal dependerá, en buen grado, de su capacidad de integrarse con otros, de armonizar con los demás. Por ello es altamente educativo enseñarle a los hijos cuáles son sus derechos y, también, señalarles, con amabilidad pero con firmeza, cuáles son sus deberes. Con esta convicción, los padres deben tratar de desarrollar una acción socializadora con los hijos.

7.- Facilitar a los hijos la visión y comprensión de la realidad, de manera estimulante y positiva. La realidad debe presentarse en toda su plenitud y verdad, exaltando los aspectos positivos e instando a imitarlos y señalando los negativos como reto a superar; pero siempre teniendo en cuenta que los hi-

jos difieren entre sí. Es preciso que los padres estén atentos a la diversidad de sus hijos: carácter, intereses, habilidades, complejos, sensibilidad... y aplicar las observaciones y comentarios adecuados a cada uno.

8.- Procurar "adivinar" las aspiraciones y deseos de los hijos y ayudarles a realizarlas. Las aspiraciones representan casi siempre la razón de vivir de cada uno. Por ello los padres debe tratar de auscultarlas, abriéndoles camino para que puedan tomar adecuadamente conciencia de sus aspiraciones propias y sepan adaptarlas a su realidad personal.

9.- Orientar a los hijos hacia una profesión que los realice como personas. En la medida en que conozcamos a nuestros hijos, sus aspiraciones, deseos y cualidades, podemos orientarlos mejor para que realicen una elección profesional adecuada a su persona y que se esfuercen por lograr una preparación eficiente para la misma. Convencer a los hijos de que el desarrollo y bienestar social depende de la eficiencia y de la participación de cada uno, es una de las misiones educativas más importantes que deben realizar los padres.

10.- Ser optimista y crear un ambiente optimista. Este es el resultado espontáneo de una adecuada relación entre padres e hijos, y el clima propicio para conseguir los objetivos que nos propongamos. El optimismo suaviza cualquier fracaso y estimula a realizar nuevos esfuerzos y avances en la gran aventura de la vida. ■



Viaje del P. Angel Piccono, salesiano, a El Salvador

Tomado de 100 años de presencia salesiana en El Salvador



P. Angel Piccono

Hemos llegado felizmente el 25 (julio de 1896) a la bahía de Acajutla: desde el mar se ve humear el volcán de Izalco, que con sus rojas llamas ilumina de noche el Océano, por lo que los marineros le llaman el Faro de la América Central. Bajamos, o mejor dicho, subimos a tierra, porque el muelle está a 15 metros sobre el nivel del mar. Apenas pisamos tierra se nos acercó un señor preguntándonos: ¿Son ustedes los Padres Salesianos? – Para servirle- Yo soy el director de la Aduana y he recibido orden del gobierno de venir a recibirles y ponerme a su disposición. –Se lo agradecemos mucho y que Dios se lo pague. –Nos introdujo en su oficina, y no sólo no permitió que se abrieran nuestras maletas, sino que nos ofreció un refresco y después nos acompañó al tren, colocándonos en 1ª clase. Bien empezamos, dije yo para mí.

Atravesamos con vertiginosa rapidez magníficos prados, grandes plantíos de azúcar, plátanos, algodón, tabaco, cocos y café, y encantadoras florestas vírgenes.

Llegamos a Sonsonate: nos bajamos para almorzar, pero nos esperaba el R. Sr. Vicario Foráneo con otro Sacerdote, los cuales nos tenían preparado un almuerzo. Hasta Seiba nos acompañó uno de los Sacerdotes. Aquí cambiamos el tren por una diligencia no de las más cómodas. El camino serpentea por entre horrendos precipicios, y nos internamos en la cordillera; a un lado y a otro rocas abruptas y empinadas, bosques espesos, bajadas rapidísimas, saltos continuos, de modo que cuando no se contemplan las montañas, se ven las estrellas.

Al llegar a la capital, un venerado sacerdote se adelantó y nos dio un abrazo: era Mons. Miguel Vecchiotti, el gran amigo de los Salesianos. ¡Cuanta bondad y amabilidad para con nosotros! A pesar del delicado estado de su salud, de lo intempestivo de la hora y del mal tiempo que hacía, quiso salir a recibirnos. ¡Dios se lo pague todo!